

SECCIÓN DE LETRAS

S A F O

Las más elevadas cimas del arte no surgen en la provincia de la poesía; más eficaz que la palabra es el pincel; en un cuadro, en una figura de RAFAEL ó de VELÁZQUEZ, en la Virgen del Espasmo, ó en el Menipo, la observación y el sentimiento se amontonan y representan con mayor intensidad y eficacia que en cualquier escena de SHAKESPEARE ó de CORNEILLE.

Sin embargo, también la poesía tiene cumbres majestuosas, y una de las más imponentes, de las más encantadoras, lleva el nombre de *Safo*.

Es este un nombre sugerente y al oírle el alma se estremece de entusiasmo. Muchos nombres más hay que prometen cuanto el de *Safo*, pero sólo el de HOMERO lleva igualmente en sí la garantía de que no frustrará nuestra esperanza. Al oír estos dos nombres, algo nos dice en nuestros adentros que aquella fuerza arrebatadora y avasalladora que por lo común se atribuye á la poesía, la virtud que manda el llanto, el entusiasmo, el éxtasis, allí la encontraremos; allí la palabra hecha perfume, color, melodía, á veces truenos, relámpagos, fragor de armas chocantes, á veces gorgojo matinal de rruiseñores, suspiro de la primavera que despierta, encanto de sueño oriental, en la sombra que da visiones de los laureles.

La antigüedad toda resuena con el nombre de *Safo*, á la mujer quien la pone en aras, quien en el lodo; pero la poetisa para todos igualmente toca, escuchada desde lo alto, una lira de oro enguarnaldada de rosas; los hombres más graves, más formales son los que encuentran más inadecuada

la palabra al hablar de *Safo*; para STRABON es algo como un milagro y no hay mujer, dice, desde que dura el mundo, que se le pueda comparar en la poesía; para PLUTARCO, *Safo* no se puede comparar más que con las musas: «y, sigue, es fingido lo de la Quimera que echara fuego de la boca; pero no es ficción que *Safo* lance llamas mezcladas con palabras. SOLÓN oye acaso un canto de *Safo* y ruega á los dioses le dejen aún lo bastante de vida para aprenderlo de memoria; un poeta acaba su canto de este modo: «Salud á tí ¡oh *Safo!* en todo país de la tierra, como á una divinidad; para nosotros tus canciones son hijas del cielo.»

Aun, dice HORACIO, vive el amor y arde el fuego encomendado á la lira por la doncella eólica.

*
* *

Muchos nombres de líricos griegos han llegado á nosotros en alas de la más intensa admiración: pero si recogemos en el aire el polvo de su poesía, apenas da indicio de su preciosa esencia. Nada semejante al trino de un gorrión ó al gemido del pájaro solitario es dable oír de ALEMÁN que sabía el gorgojo de todas las aves y que en el campo había aprendido el cantar de las perdices; y ¿quién de sus detritus impalpable adivina á Alceo? si parece que el tiempo, no contento con pulverizarle y dispersarle, haya alterado también la composición del polvo. Pero así no sucede con *Safo*; polvo y todo aun guarda su naturaleza: el diamante no se desvirtúa; aun brilla mezclado en la arena en el fondo de la corriente de los siglos. No cabe decir que el asunto contribuye en parte igual con el arte á mantener á estos restos preciosos su virtud secreta. El amor que los demás poetas cantaron á manera de excepción y casi incidentalmente, fué su musa. A ella le subía á los labios el canto del corazón y no bajaba de la cabeza: se le subía con el calor de la sangre y el ritmo de los afectos: su poesía fué toda de sentimiento; por este concepto *Safo* parece más bien de nuestro tiempo que del suyo; como también por el amor de la naturaleza, de las azules infinitudes del agua y

del aire que contemplaba desde su isla; del paisaje, de la claridad de la luna.

Si una mujer da en escribir algo, en general se esfuerza sobre todo en disimular y ocultar su sexo: *Safo* es, por el contrario, todo una mujer, con sus arrebatos amorosos, sus celos,—sí, algo también de éstos,—con sus enfados y fáciles cóleras, su gusto para el tocador, las flores, y hasta con sus malignidades. Mitilene contaba con varias mujeres. Andrómeda, Gorgo que, lo mismo que *Safo* acogían en sus salas las jóvenes doncellas para enseñarles el arte poético y la música y criarlas en las costumbres de la buena sociedad. Por lo demás, nada pedantesco en ello: las lecciones eran gratuitas: único medio para retener las discípulas, la bondad, la elegancia, la cultura, la distinción. Sin embargo, es natural que el deseo de primar, tan agudo en las mujeres, despertase rivalidades entre las maestras, y que se disputaran y contendiesen á las discípulas más nobles y ricas y más hermosas, ya con sus lisonjas y alabanzas, á veces excesivas, ya enalteciendo sus métodos y su mérito y envileciendo los de los rivales; todo esto es natural y aun no se había aprendido á renegar de la naturaleza. De tales picoterías hay un eco en los fragmentos de *Safo*.

Justamente Andrómeda le había quitado una niña y *Safo* dice á ésta: «Mira que mujer te ha seducido! una aldeana, que no sabe siquiera levantar el traje y enseñar los tobillos.» Es un ademán de coqueta: pero también la coquetería figuraba entonces en los programas y con los vestidos levantados de esta manera, hasta los tobillos, están representadas las mujeres griegas en las figuras de TENAGRA. Se refiere acaso á otra muchacha que había pasado á Andrómeda á la que hubo de haber dado algún disgusto el verso: «Andrómeda tiene lo que se merece.» Dice á una doncella: «Mi querida, nunca he encontrado un niña tan pesada.»

Pero las alabanzas y los cumplimientos son más numerosos:

«Yo creo que jamás ha visto el sol muchacha tan hábil». Alaba á Pirene, que ni asea ni pinta su belleza natural.

Y, blanca niña, dice á otra, parece que todavía ignoras la risa de Afrodita. «Enseña que delante del amado hay que mostrar toda la gracia y mirarlo con ojos suaves? Y hete un suspiro: «Hubo tiempo que yo te amaba, «oh Atis! y otro más, «todas aquellas á quien he hecho bien, me han devuelto mal.» Arena nada más: y con todo, cada grano nos hace adivinar una escena, un cuadro de esos que llaman *de género*.

«No te ensoberbezcas tanto porque tienes una pulsera.» ¡Y cómo le complace hablar de estofas preciosas, de perfumes, de objetos de tocador! «Me gusta el lujo y toda cosa bella, el fausto, el brillo, el resplandor.» Y nada olvida: ni las ligas coloradas con que una amiga suya se ata las sandalias: ni las almohadas blandas en que le gusta estar tendida.

Por lo demás, nada más elegante y risueño que su casa y su compañía: su casa es el templo de la musa: deben estar excluidas todas las tristezas: ni á su muerte quiere que se lllore, pues le recordarán de ella todas las edades. Dice DEMETRIO que los versos de *Safo* estaban llenos de amores, alciones y primavera: y MELEAGRO se disculpa de no poner en su corona más que pocos versos de *Safo*, porque en ella todo son rosas. FILÓSTRATO también se asombra del amor que *Safo* tiene á las rosas. Siento no poder traer su célebre fragmento acerca de la rosa, reina de las flores y á las que todas las ramas y las hojas y las hierbas miran y galantean.

«¡Oh Gracias puras, de los brazos de rosas, hijas de Júpiter!» exclama: también á la Aurora, ciñe sandalias de rosas: «tengo una niña hermosa con semblante que parece una flor de oro: mi Cleis querida; no la cambiaría por toda la Lidia.» A su amiga Dike canta: «con tus manos delicadas ata guirnaldas alrededor de tu cabello: la hermosura de las flores da más brillo á la gracia: y toda vista se desvía de una frente que no lleva corona.» Y también: «Una doncella en un valle, lleno de verde y de rocío anda cortando flores: pero más hermosa que las flores es la doncella.»

Y otro de estos cuadros, que un crítico francés dice dignos del pincel de ALBANI: en efecto á quien no hace

recordar aquella danza de amores en el prado verde que se admira en la pinacoteca de Breva estos versos: «Movían en armónica danza los pies delicados — las doncellas de Creta en torno al ara festiva, pisando las tiernas, las suaves flores del prado.»

¿Qué es poesía para *Safo*? «Flores y nada más. Á una amiga, que no quiso aprender el arte divino, echa esta reprimenda: «Muerta yacerás un día y no habrá de tí memoria ni por entonces ni después, que no has participado de las rosas de la Pieria: irás desconocida vagando por las casas de Ade, volando entre las sombras de muertos innominados.»

Todas estas flores de *Safo* recuerdan el pasaje del himno homérico á Démetra y el rapto de Persefone: «Lejos de Démetra, la diosa del don de oro y de los ricos frutos, jugaba Persefone con las hijas del seno profundo del Océano é iba cortando flores, las rosas, el azafrán, las hermosas violetas por el tierno prado, y lirios, jacintos y narcisos: «esta flor fué producida para seducir á la joven de ojos hermosos, por la Tierra, la cual por consejo de Júpiter quería hacer cosa grata á Plutón; resplandecía de manera extraña, maravilla ó admira á los inmortales dioses y á los hombres: cien cabezas le brotaban de la raíz y á su grato perfume, todo arriba el cielo amplio y toda sonreía la tierra y las olas salobres del mar.» No menos que á las flores, *Safo* ama á la luna y á las estrellas de aquel cielo griego siempre tan despejado y de un azul que parece palpable. Nada más sencillo que estos fragmentos de *Safo*: sus palabras tienen equivalentes en todas las lenguas y la colocación, por natural, parece sin arte, y sin embargo, no es dable traducirlas sin que su efecto se pierda y se evapore: «Las estrellas al rededor de la luna, pronto esconde su brillante forma cuando inunda de todos sus esplendores la tierra... argentea»; y también: «Ya se pone la luna y caen las pléyadas: en medio está la noche: ha pasado la hora y sola yo duermo». Y aún más: «resplandecía llena la luna y las vírgenes asidas de la mano hacían corona al ara.» ¿Quién no recuerda: *inminente luna* de HORACIO y las danzas de Venus y de las Gracias?

Un verso saluda al ruiseñor, mensajero de la primavera, cantor del amable gorjeo; otro dice: Y ¿qué pides graciosa golondrina? óigase: «todo al rededor es fresco murmullo de perfumados frutales — y llueve sueño de las hojas que se estremecen.»

Su arte es algo verdaderamente divino. *Safo*, dice un gramático, supo componerse una lengua de todas las más bellas palabras y ningún otro poeta ha hecho nada semejante. Por lo común su arte consiste en una enumeración exquisita de todas las circunstancias graciosas relativas á un sujeto: como se ve una guirnalda también. No sabe de lenguaje literario; el dialecto de su país es su lengua exclusiva: para los antiguos que aun estaban en condición de sentir y apreciar estas finezas, sus versos tenían este atractivo del habla viva del pueblo, que tanto seduce en TRUEBA, por ejemplo, ó en FERNÁN CABALLERO y hace la impresión de una continua sorpresa cariñosa, que no se sabe expresar más que con la palabra *inefable*.

Añádese el encanto de la música, de su composición también, en lo cual quiso introducir con la invención del tono misolidio, la nota aguda de la feminilidad.

Más de cincuenta son los metros que usa; pero la estrofa de que hace más gasto es la que lleva su nombre y quizá no haya otra que cante tan alto por sí sola, que junte mejor el decoro de la dama con el abandono de la mujer, que más sustente al que la usa.

CATULO quiso introducirla en Roma y HORACIO la sometió á algunas modificaciones; pero ni el uno ni el otro supieron conservarle su soltura; en CATULO es algo lenta; demasiado cadenciosa en HORACIO. Todo lo ha sellado con su personalidad esta mujer, tan profundamente, que no son traducibles sus versos ni adaptables sus metros: quizá pueda alguien alcanzar efectos iguales, pero con otros medios.

Bien se le puede aplicar como lema lo que ella dice de una hermosa doncella, que llevaba á todos los mancebos de Lesbos el agua á la boca, pero que por ninguno de ellos se decidía: «Conozco una dulce manzana que bermejea en

la cima de una rama, alta, en lo más alto: los cosecheros la han olvidado. No la han olvidado, es que no pudieron alcanzarla.»

He aquí una oda de que somos deudores á LONGINO: le falta, sin embargo, una estrofa:

«Igual me parece que sea á los Dioses—el varón que se sienta en frente de tí, — y de cerca te escucha hablar dulce — y reir amigablemente. «Esto á mí me conturbó el corazón en el pecho:—pues apenas he mirado hacia tí, nada ya me queda de voz:—mas se me corta la lengua, un fuego sutil en el acto se me disfunde bajo la piel:—nada ya veo con los ojos: y me zumban los oídos:—un sudor se me escurre á lo largo—un temblor todo me toma,—me pongo más verde que la hierba—y me parece estar poco menos que muerta.....»

CATULO quiso imitar esta oda. Por supuesto sus versos serán admirables, pero su imitación no es razonable. *Safo*, quiere significar la hermosura de una joven, lo hace por lo que se da en llamar enumeración de los efectos y en sustancia dice: «el que varón puede sentarse en frente de tí, ha de ser igual á un Dios, puesto que yo que soy mujer, experimento todo esto». Si *Safo* fuese varón ya no tendría que envidiar nada á nadie, ya que no le está prohibido sentarse frente á su amiga. Supongamos que esta contestara á *Safo*: Y tú ¿no puedes sentarte delante de mí? Ella replicaría: Pero yo no soy varón y la razón de la oda se desvanecería; mas si Lesbia hace á CATULO la misma pregunta, ¿qué puede él contestar? Envidia á quien se le sienta delante y ¿no puede él hacerlo? ¿acaso hay algo que se lo prohíba? no, pues Lesbia es su querida. Más ó menos la oda de CATULO dice: «Quien te mira, oh Lesbia, debe ser igual á un Dios, puesto que yo te miro y no lo soy.» Paso por alto las exageraciones que CATULO introduce. Ni más felices son las introducciones de RACINE, de LARSEN en su LONGINO, de MENÉNDEZ Y PELAYO ó de UGO FOSCOLO. Además, atentos á la hermosura de los pormenores, no reparan en el concepto de la oda, en las palabras: *aquel que varón*.

Sirva esto para hacernos observar el carácter propio del arte lírico griego. Un canto que no respondiera á una situación determinada, los griegos ni siquiera llegaban á concebirlo, y ni siquiera se daban á imaginar situaciones para dar motivo de cantar. Este surgió más tarde y con la escuela, ya que adquirida la habilidad de hacer versos se sentía la necesidad de emplearla, y faltando motivos se imaginaban; de aquí que el arte degenerara, á veces, en un juego pesado.

Otra oda tenemos, y entera. Es un ruego á Venus, y precisamente á la Venus de Mitilene, la cual por el contrario de las otras, se representaba en un sillón pintado ó trono.

«¡Oh! del trono pintado, inmortal Afrodita,
Hija de Zeus, tejedora de engaños, te suplico.
No me oprimas con pesares y tedio,
Oh augusta, el alma.»

MENÉNDEZ PELAYO traduce:

¡Oh tu en cien tronos Afrodita reina:
Hija de Zeus, inmortal, dolosa!

El apodo de *trono pintado*, que sirve para indicar la Venus de Mitilene, se ha vuelto en *cien tronos, Afrodita reina*.

Repárese en la elección de los epítetos: *inmortal*, no es un elogio de Venus, sino una disculpa de *Safo*: si vuelve á rogar á Afrodita, la culpa no es de *Safo* sino de la pasión que nunca se apaga: *inmortal*.

En un tiempo, el verso imponía el epíteto, pero el arte progresó: *Safo* lo escoge ella y siempre el más apropiado. *Tejedora de engaño* no es una injuria: *Safo* invoca á Afrodita tal como la necesita: ahora ha menester de sus lisonjas y sus engaños.

Y sigue:

«Antes acude: si es que en otros días—oyendo de lejos mi voz me has escuchado,—y dejando del padre la morada de oro viniste enganchando el carro, lindas aves veloces—te llevaban sobre la negra tierra—rápidamente sacudiendo

las alas—desde el cielo, por el medio del éter—y en un instante estuvieron á mi lado; y tu oh bienaventurada—sonriendo con el semblante inmortal,—me preguntabas qué dolor nuevo padecía,—y por qué volvía á invocarte, y cual era el anhelo de mi corazón delirante —y «¿á quién deseas que Peite allegue á tu amor? ¿quién, ¡oh Safo! es injusto contigo?—Que si huye, pronto perseguirá,—si no acepta dones los dará—y sino ama, en breve, amará aunque no quisiera.»—Acude también esta vez — libértame de tan pesadas penas: todo lo que mi corazón desea que se cumpla, haz que se cumpla,—y tú mismo combate á mi lado.

¡Qué divino es esto! Llamas y palabras. Es que el deseo no tiene más que una forma, una expresión: no se analiza á sí mismo: quiere ser satisfecho y á falta de otros recursos hace uso de lisonjas, de cariño: «no me oprimas de pesares y tedio, ¡oh augusta! el alma, si es que has venido otra vez;» repárese en los epítetos *hermosos los gorriones* de Venus, porque se la traen á satisfacerle su deseo; y tres veces vuelve sobre la idea de su velocidad, «gorriones veloces, rápidamente sacudiendo el ala; en un instante estuvieron á mi lado;» y la velocidad, el afán con que Venus antes acudió á sus ruegos son un delicado reproche á la diosa por su actual tardanza.—¡Y cuánto mimo en esta exageración de la solicitud de la diosa!: «qué dice esta nueva queja? ¿por qué me llama otra vez? ¿qué es lo que te enloquece?» Parece que Venus no crea á sus ojos ni pueda persuadirse de que *Safo* tan pronto tenga otro amante! ¡Nueva queja! ¡otra vez! ¡Pero ya no puede dudar: «¿otro más? ¿y quién es? ¿á quién debe Peito conducir á tu amor? ¿y ¡quién ¡oh Safo! es injusto contigo? palabras que quieren decir: ¡quién puede menospreciar á una mujer tan hermosa! ¡ese hombre es loco, me ofende también á mí! Todo esto lo indican las mismas figuras de la oda; así es que Venus, airada exclama: «Que si huye ahora pronto te perseguirá.» Es tal la venganza de Venus: cambiar los papeles: el amor en odio y el odio en amor. De esta manera tan delicada, *Safo* hace amenazar por Venus á su amante. Y, finalmente, el ruego: «encendido

también acude esta vez: libértame de afanes tan pesados» y véase como encubiertamente, pero sin peligro de ambigüedad indica lo que desea: «Todo lo que mi corazón ama, que se me cumpla, cúmplo todo.» Y aquí un instante de desaliento, que ella se apresura á rechazar: ¿cómo puede dudar? ¡Venus estará á su lado!

*
* *

Nunca el amor encontró corazón más inflamable, ni la pasión, expresión más elocuente: «el amor me atormenta, grita y quita toda fuerza á mi cuerpo: un amor dulce y amargo, monstruoso pero invencible». Y otra vez; «el amor sacude mi alma como el huracán de la montaña que cae sobre la encina». Hay fragmentos que parecen de cantos populares: «madre, madre; ya no puedo tejer la tela. Por voluntad de la tierna Afrodita un bello adolescente me ha rendido de amor».

También *Safo* dejóse llevar por el amor del cuento y compuso unos cuantos cantos mitológicos, los que entonces se tenían por novelas: cantó el amor de Leda y Júpiter: cantó á Teseo, Niobe, los mitos más apasionados; compuso himnos ó plegarias de la especie de la oda que hemos examinado pero sobresalió especialmente en los epitalamios. En éstos, al parecer de los antiguos, no hubo iguales y á ellos debe su renombre. El de CATULO, *Vesper Ades* es traducción de uno de *Safo*, pero donde la comparación es permitida por los fragmentos *Safo* vence á CATULO, cuya gracia se deslucce. «Espero: dice CATULO, y ¿anda por el cielo estrella más cruel? ¿tú puedes arrancar á la hija de brazos de la madre, de brazos de la madre á la hija penitente?» Mas, *Safo* dice: «Espero: todo lo que la resplandeciente aurora dispersa por la mañana tú lo vuelves á conducir á su casa; tú reconduces las ovejas y las cabras á su morada y ¿á su madre arrancas una joven y tierna doncella? Compárese el de CATULO: «la virginidad no te pertenece. Parte pertenece á tus padres: un tercio al padre, un tercio á la madre y sólo un tercio es tuyo. No luches, pues, contra

dos». Compárense, digo, estos versos que parecen de un contador, con este adiós de *Safo* que CHÉNIER supo traducir con tanta armonía:

— *Virginidad amada, compañera inocente*
¡Ay! te pierdo, huyes de mi lado.
 — *Si, huyo de tu lado y para siempre,*
¡Adiós! hasta jamás, de tí lejos y para siempre.

*
 * *

Safo sabía también reír.

Existía por entonces la costumbre de que cuando el novio iba con sus compañeros á casa de la novia para llevarla consigo, alguien se pusiese en el dintel de la puerta para impedirle el paso. Tocó este oficio, una vez, á un aldeano y *Safo* canta:

«*El portero tiene siete brazas de pies, muchachos,*
Cinco bueyes han dado cuero para sus zapatos
Y tuvieron que sudar diez zapateros».

En otro fragmento nos presenta un novio:

«*Levantad el techo,*
Himeneo,
Aun más carpinteros,
Himeneo,
Llega igual á Marte el novio,
Himeneo,
Grande, mucho más grande que un hombre grande».

La exageración en alguna que otra expresión, más blanco que la *leche* y alguna más por el estilo, es el único defecto de que fué tildado su estilo.

*
 * *

Pero ¿y la mujer, señores? Para la mujer me falta el tiempo á mí y la paciencia á Vds. Sin embargo he aquí todo lo que se sabe: Floreció hacia 600 años A. C. cuando

toda Grecia estaba llena de poetas, como una senda tropical de aves canoras. Era de noble familia; casóse y tuvo una hija. Tenía tres hermanos. Desterrada se fué á Palermo, en Sicilia. Volvió á la patria donde murió vieja y colmada de honores y los lesbios imprimieron su efigie en las monedas. Alceo, su gran ciudadano, la amó. En un fragmento la saluda y en otro le confiesa que algo más le diría sino tuviera vergüenza. *Safo* responde: «si tu pensamiento fuera noble y honesto y tu lengua no quisiera proferir palabras indignas, la vergüenza no te ofuscaría la vista y francamente expresarías tu deseo».

PLATÓN nos hace saber que era hermosa. Lo demás son ficciones de los cómicos atenienses ó de los novelistas actuales. Dejémoslo pues. Una mancha está sin embargo sobre su nombre pero faltan pruebas. Hay, por otra parte, que tener en cuenta la edad en que *Safo* vivió y las costumbres de su tiempo y, finalmente, la severidad es buena pero solo fijémonos bien cuando la apliquemos á nosotros. Para los demás debe valer el consejo de SAN PABLO: «sino puedes disculpar el hecho, disculpa la intención». De manera que permitaseme concluir dirigiendo á esta gran mujer el saludo de Alceo que el tiempo mismo quiso respetar para que sonara en todos los siglos:

«*Salve ¡oh!, coronada de violetas, pura, dulce, sonriente Safo*».

DR. FRANCISCO CAPELLO,

Profesor de Griego y Literatura Griega en la Facultad
de Filosofía y Letras.
Universidad Nacional de Buenos Aires.
